

FIESTA DE CUMPLEAÑOS

Lema: Faroblanco

Se dio cuenta de que acababa de hablar sola y miró a su alrededor con cierta aprensión; en el pueblo ya conocían sus manías.

A su derecha, una mujer joven tiraba de una niña como si anduviera uncida a un carro, tratando de animar su paso con promesas de próximo cumplimiento, pero la niña no parecía dispuesta a dejarse convencer y se frenaba juntando los pies como si le divirtiera ser arrastrada.

Todos tenemos nuestros problemas, se dijo volviendo la vista al frente y llevándose en la inmediata memoria un vestidito rojo salpicado de florecillas blancas y un haz de brazos grandes y pequeños en abierta tensión.

Concienzudamente se repitió la frase que poco antes había hecho que la mujer lo mirara extrañada: "La huelga, sí, la huelga. Nos pagan una miseria, y nos mandan al ejército si protestamos".

Se encogió de hombros y pensó que algunas veces se comportaba como una loca, también que, en su fuero interno, no dejaba de considerarse una chiquilla, ni siquiera ahora, a sus sesenta años.

Como si únicamente se hubiera dejado vencer en el primer asalto, las palabras del hombre volvieron a su memoria y las sintió vibrar en sus oídos como arreadas por un látigo. Sabía que aquel las dijo para levantar su propia entereza, que no iban dirigidas contra ella, eran sólo un argumento erigido ante la propia cobardía, pero no podía evitar que le hubieran molestado entonces, que le siguieran molestando ahora.

El griterío arreciaba a ratos, como si una mano tapara y destapara alternativamente sus oídos. Apenas acababa de volver la cabeza al frente, alguien la empujó en sentido contrario. Reconoció a uno de los que se reunían en el mercado, pero el hombre no la saludó, posiblemente no la había visto; siguió adelante sin mirar atrás, pero pudo ver el miedo en aquel rostro..

El dolor de estomago, agazapado durante unos días, se le puso de pronto de

pie.

—Maldita úlcera —masculló frotándose el vientre en un vano intento de alivio.

Hacía calor; el sol había estado apretando de firme toda la mañana, pero la cal donde apoyó la mano, obligada por el empujón, estaba fría. Se preguntó si no tendría fiebre. Descartó la idea, aunque pensó que su paso no había sido precipitado para sentir ahora aquel bochorno.

No, no caminaba de prisa. Todo lo contrario, su paso era lento, demasiado lento, incluso cauteloso. ¿Será miedo también lo mío?, se dijo tratando de analizar sus sensaciones.

Aquel pensamiento no le ayudaba. Tenía que decidir si daba el rodeo previsto para llegar a su casa, o continuaba adelante, atravesando la plaza como todos los días. Estaba dispuesta a tomar su decisión sin que se la dictara el miedo; le temía más a su propia vergüenza. Y encima de todo, hoy era su cumpleaños y la esperaban sus nietos. Le molestaba llegar tarde a la fiesta familiar.

Se detuvo en la bifurcación que le permitiría resolver prácticamente el dilema, ¿por qué puñetas tenía que coger otro camino distinto al de todos los días y llegar media hora más tarde a su casa, precisamente hoy? Levantaba su objeción como si lo hiciera contra un invisible interlocutor, tal vez el hombre del mercado, el mismo que había gritado que no tenían cojones para defenderse de tanta injusticia. Ella desde luego no los tenía, pero sí soportaba la injusticia de un salario mísero ahora que estaba en su culminación la mayor cosecha de los últimos años.

Recordó a la mujer que tiraba de la niña. “En este momento soy la mujer y la niña”, pensó divertida, aunque se daba cuenta de que trataba de distraerse el ánimo una vez tomada la decisión. También comprendía que no le importaba demasiado llegar media hora antes o después a su casa. Sabía que no era ese el verdadero problema.

Al caminar ahora tenía la sensación de que se aproximaba al ojo del huracán; el

silencio se hacía total en algunos momentos, pero no por ello resultaba menos amenazador.

Unos disparos, como un rápido quebrar de ramas secas, respunteeó aquella ilusoria sensación, confirmando el peligro.

Se detuvo en la misma esquina como si de pronto se le hubieran soldado las articulaciones, pero no se preocupó demasiado; para quitarse el miedo bastaba con dar el primer paso. Y lo dio asomándose a la plaza.

Sobre los balcones del Ayuntamiento, el reloj señalaba las cinco menos cinco. Pero era abajo y más cerca, mucho más cerca, donde debía fijar la atención, porque allí abajo, alrededor de la plaza de forma elíptica, se encontraba el grueso de la fuerza armada moviéndose al son austero de las voces de mando.

Una botella, lanzada sin demasiada fuerza, giró en el aire y fue perdiendo altura hasta caer sobre los adoquines como una inofensiva granada de cristal. Su ruido se mezcló con el de las botas que se movían cumpliendo las órdenes impartidas, al tiempo que los pequeños trozos de vidrio se asentaban mansamente, sumando su brillo al de los otros restos diseminados por el piso.

Le pareció que la escena se había desarrollado en un tiempo muy largo, tanto como ella creía haber estado detenida en la esquina, pero pronto comprendió que ambos hechos sucedieron en unas fracciones de segundo. Otra botella, siguiendo a la primera, aunque lanzada con más fuerza —ésta si estuvo a punto de alcanzar el albero de la misma plaza—, se lo confirmó.

La calma volvió a hacerse engañosa, pero siguió moviendo sus piernas en la dirección que le exigía su voluntad, sólo la voluntad, porque el corazón y el sentido común tiraban de ella hacia otra trayectoria menos evidente.

La atención de los que ocupaban la plaza comenzó a dirigirse hacia ella, al mismo tiempo que un rumor sordo de colmena iracunda surgía de las calles adyacentes,

de las esquinas, desde donde algunos seguían lanzando esporádicamente piedras y botellas. Podía verlos pegados a la pared, protegiéndose como si trataran de incrustarse en la cal, agachándose y levantándose, como si alguien tirara de los hilos que los movía con la rigidez y el gesto sincopado de las marionetas.

La guardia, parte de cuyos componentes no la perdía ahora de vista, se reunía formando un cordón alrededor de la plaza, como si tomara posesión del corazón simbólico del pueblo, protegiendo aquel vacío. En su inmovilidad, metralleta en ristre, los hombres uniformados parecían tallados en piedra.

Sentía la boca seca.

Contra el fondo ocre del Ayuntamiento, la figura del militar que llevaba el mando se recortaba plagada de rectas, y el uniforme gris brillaba como una espada.

Se estremeció, pero tomó firmemente la cesta que colgaba de su brazo con las golosinas que había comprado para los niños, y continuó andando.

Su paso, vacilante al principio, se fue haciendo firme. Se dio cuenta de que desplazaba lentamente hacia el centro geométrico de la plaza, un eje que se convertía en confluencia de todas las miradas; las notaba tirando de sus hombros, obligándole a mantenerse erguida.

Los gritos habían ido poco a poco convirtiéndose en susurros, y éstos terminaron en un silencio absoluto que imaginó quebradizo como una capa de escarcha.

Fijó los ojos enfrente. El conjunto resultaba espectacular, hubo de reconocerlo.

Cada una de las figuras que componían los eslabones de aquel cinturón articulado, sostenía en sus brazos la metralleta, ligeramente separada del pecho, como si mostraran el cadáver de un recién nacido.

Desde el borde de la acera, algunos de aquellos delgados cañones se apuntaban en derechura a su corazón. Y hacia ellos caminó, como hipnotizada por los pavonados ojos de las armas. No sentía ahora ningún miedo.

Extrañamente, comprobó que experimentaba una especie de alivio al acercarse, como si hubiera dejado atrás la zona peligrosa.

El oficial estaba mirándola. Sus ojos grises tenían el mismo tono del uniforme y el mismo de la boca del arma que mostraba en la mano que, a diferencia de las otras, era una pistola, aunque se sostenía también sobre el antebrazo izquierdo, junto a las estrellas doradas que sobresalían con su brillo en el conjunto metálico. Se hallaba frente a él, a menos de dos metros, y continuaba inmóvil, como un eslabón más de la cadena humana, separado a izquierda y derecha de uno y otro hombre por apenas medio metro. En ese momento, absurdamente, le pareció que el oficial iba a tenderle la mano, pero sólo afirmó su posición moviendo levemente el pie derecho. Y ella avanzó.

Al cruzar la línea comprobó que entraba en una dimensión donde ni el espacio ni el tiempo se ajustaban a lo acordado.

Por unos instantes formó parte de aquel cinturón, representó un eslabón más. La sensación de peligro desaparecía allí totalmente, acunada entre los cuernos de las metralletas, aunque escuchaba incluso la doble respiración de los guardias que en ese momento parecían escoltarla. No hubo nada más, aparte de algún nervioso parpadeo.

Como si todo hubiera sido una ilusión geométrica, se fue desprendiendo del círculo gris, moviéndose con levedad en un intento vano de no despertar a la fiera que ya la cercaba, sintiendo que el silencio, aquel silencio que la siguió durante todo el recorrido hasta llegar allí, se rompía en partículas pequeñas de un rumor distinto, un rumor que llevaba dentro el hormigueo de lo insólito.

Ahora era cuando el tiempo parecía luchar en serio contra ella.

Estaba segura de que los segundos, e incluso los minutos, se habían terminado en los relojes —tentada estuvo de alzar la cabeza y comprobarlo—, y las horas se sucedían sin transición, porque era imposible tardar tanto en desprenderse de aquella piel común a la que perteneció sin pretenderlo, apenas hacía ¿cuánto?

Mientras avanzaba, se encontró en una situación que no era muy distinta de la que acababa de abandonar; el segundo cordón de guardias cerraba la plaza en un arco idéntico al que dejaba detrás.

El pensamiento de que la primera experiencia —más peligrosa por la presencia del oficial— no se había convertido en una catástrofe, la confortó. Sin embargo, aquel juego del tiempo le estaba trastocando planes e ideas porque, pese a todo, aún le faltaban unos metros para llegar al centro de la plaza.

Cuando se encontró allí, se detuvo como si sus fuerzas la hubieran abandonado. Los guardias permanecían firmes en sus puestos. Sólo el oficial se había vuelto ligeramente para seguir sus evoluciones, pero las metralletas que le apuntaban eran más numerosas que nunca. Pensó que se encontraba rodeada por el fuego, como el escorpión.

Observó que algunos grupos se dejaban ver por las esquinas, como si su temeridad los hubiera animado, y en las ventanas aparecían circunspectos rostros que la distancia le impedía reconocer.

Sobre el escenario en que se movía caía ahora un silencio espeso como un manto de guata.

La mujer soltó en el suelo la cesta muy despacio. Cuando sus manos se levantaron de la manera que sabía hacerlo, miraba hacia la lejanía, y sonreía abiertamente.

El primer giro en el centro de aquel coso, fue una rosa de luto, un monumento oscuro que se derramó en mágico semicírculo. El segundo movió el aire con la suavidad de una pavana, completó el giro de una alquimia que se remontaba por las generaciones, desde la que oficiaba dando brillo a un sueño, a sus deseos truncados, a su rabia.

No hubiera sabido decir si fueron dos minutos o una eternidad lo que estuvo ensimismada en su baile, sumergida en un torbellino lento que arrancaba girasoles al

pálido albero. Tampoco los demás hubieran podido; cómo hacerlo cuando asistían a aquel inesperado y mágico acontecimiento como estatuas, el corazón parado.

La bailaora que quiso ser hacía ya muchos años, resurgía de sus cenizas, pero era la vieja campesina luchadora la que dedicaba al pueblo su arte y el valor que jamás puso a prueba.

Crecida por la emoción, entregada a la fraternidad, vengando sus derrotas, las derrotas y heridas de su pueblo, de todos los pueblos de la tierra, embriagada por su propio arte, prosiguió moviendo los pies al ritmo de una danza ancestral, girando ante los ojos asombrados, transformado su humilde vestido en el lujoso traje de flamenca que soñó en su juventud.

Aquella embriaguez a la que se entregaba, le llenaba por dentro un vacío de siglos.

El último giro, con su recorte final, embalsó en su falda la penúltima luz de la tarde.

El aire parecía haberse vuelto de cristal a su alrededor; nada se movía, nadie se movió cuando ella, como si se desprendiera de su propio monumento, compuso la figura, tomó la cesta y, donosamente, caminó hasta atravesar la plaza, pasando decidida entre los hombres uniformados, inmóviles y severos, pétreos como avisados toros de Guisando.

En busca de un tiempo que, sin duda, pertenecía ya al pasado, sonaron las campanadas macizas y solemnes del reloj del Ayuntamiento, mientras la ovación y el clamor de todo el pueblo remontaban el vuelo.